HUELGA EN EL PUERTO

de María Teresa León

La escena está en sombras. En la mesa del telegrafista, colocada a la derecha del espectador, se enciende una luz. Contra la mesa, sentados en el suelo, dos guardias civiles dormitan.

EL TELEGRAFISTA.- *(Después de pulsar un momento el morse)* Huelga.- Entiendo.- Huelga 24 horas.- Entiendo.- 7.500 obreros.- Entiendo.- Entiendo.- Entiendo...

(Se apaga la luz. En el ángulo izquierdo, muy brillante, aparece la esquina de un mercado callejero).

LA CRIADA.- Berenjenas... Las berenjenas son sanas al estómago. Deme tres. A mi señorito le gustan las berenjenas, y mi señorita...

LA MUJER DEL CAPACHO.- *(Dándole un empujón).* ¡Ya podías retirar la cesta! ¿No la has encontrado más grande? ¡Y la llevarás llena de pimientos verdes! Yo ya no majo más que pan y penas.

LA FRUTERA.- ¿Y a ti qué te puede importar el tamaño de la cesta?

LA CRIADA.- Es una imbécil. Ya el otro día se fijó que llevaba zapatos de tacón alto.

LA MUJER DEL CAPACHO.- Una cesta para meter langostas, una cesta tan grande como una barriga. Yo tengo un capacho remendado con tela azul, que recogí en un basurero.

LA VENDEDORA DE RABANOS.- Dejadme andar por la acera. ¡Rabanitos, rábanoooooos!

(Suena un organillo).

LA CRIADA.- ¡Envidia, envidia que cría tiña! *(Risas).*

LA MUJER DEL CAPACHO.- ¿Yo?

LA FRUTERA.- ¡Pues claro, mujer!

LA MUJER DEL CAPACHO.- *(Agresiva).* ¿Yo?

LA CRIADA.- ¡Pues claro, porque no tienes donde reposar tu vientre, siempre con recuerdos de alguno!

LA MUJER DEL CAPACHO.- *(Desconcertada).* ¿Yo?

LA FRUTERA.- ¡Naturalmente! Tu marido no trabaja y tú pares.

LA MUJER DEL CAPACHO.- *(Enloquecida).* Y vosotras vivís de chupar sangre. Tú, de vendernos lo que nadie quiere: las peras podridas, las ciruelas llenas de gusanos. ¿Para qué tirarlas? Aquí están los estómagos ordinarios de los obreros. Para nosotros ¿qué importan unos gusanillos o que el sol se haya comido el jugo? Somos obreros parados, esto es, no sabemos dónde llevar los brazos y las piernas. Y el médico: «Que los niños tomen naranjas.» ¿De dónde las sacaremos? En cambio, tú... *(Dirigiéndose agresiva a la criada).*

LA CRIADA.- Yo estoy en una casa decente, con unos amos buenísimos.

(Se han acercado un señor y un hombre del otro puesto.)

LA MUJER DEL CAPACHO.- ¡Putas! ¡Con unos amos buenísimos! ¡Putas! ¡Con unos amos buenísimos!

(Un hombre se acerca, agarra algo en la cesta de fruta y echa a correr, volcándola).

EL SEÑOR.- ¿Quién ha robado así?

(Las otras gritan: «¡Ladrones, sinvergüenzas!»).

LA MUJER DEL CAPACHO.- Uno que tenía hambre.

LA PORTERA.- *(Apareciendo con su escoba).* ¡Cochinos!

EL VENDEDOR.- ¡Hambre!

LA MUJER DEL CAPACHO.- Un día todos tendréis hambre. Se acabarán las cestas grandes y los insultos. Se acabarán los amos buenos, las casas buenas. Se acabarán las amenazas y...

EL SEÑOR.- ¿Y quién podrá conmover así el mundo, mujer?

LA MUJER DEL CAPACHO.- ¡Nosotros!

(Silencio. Oscuridad).

EL TELEGRAFISTA.- *(Con su lucecita encendida, recibiendo un mensaje).* Mañana no entrarán los obreros al trabajo... Solidaridad.- Se concentran fuerzas de la Guardia Civil. *(Los guardias civiles se incorporan apuntando con sus fusiles).* El Gober-

Ministerio de Cultura 2011

nador ha dado seguridades.- Es un hombre entero que ha dado seguridades.- La huelga se reduce al Puerto...

(Se enciende el fondo del escenario. Los obreros cantan y se lanzan, rítmicamente, cajas de mercancías.)

Sevilla la roja,
revolucionaria.
Llegan a Sevilla
los barcos de carga.
Por el río suben,
por el río bajan.
Si estamos en huelga,
nos sigue hasta el agua.
Nos los carga nadie,
nadie los descarga.

(Alguien silba).

¡Viva Carlos Núñez
y viva Barneto!
Puerto de Sevilla,
¡vivan tus obreros!

(La sirena angustiosa, insistente, de un barco. Aparece una mujer).

LA MUJER.- ¡Juan! *(El canto no se interrumpe).* Mira, Juan. *(Le enseña un papel).* Me han mandado para que os cuente. *(Sirena, elevando la voz).* Somos las obreras de la fábrica de aceituna. *(Dos mujeres se acercan. Luego, poco a poco los hombres dejan el trabajo y escuchan).* Hacemos el envase. Todos dicen que la aceituna hace la fama de Sevilla. ¿Qué sabemos nosotras de eso? Apenas si nos da para comer. Primero, los que la recogen por los olivares viejos, están doblados de varear la oliva y de recoger a uña las que se salen de las mantas. ¡Gloria de Andalucía! ¡Pena, digo yo! Los olivares no son nuestros. Unos van hacia las fábricas de aceite, otros hacia las de aceituna. ¡Aceituna sevillana, fama de Sevilla! Allí envasamos las mujeres, allí se nos hierve el rostro, allí se hacen barriles y barriles que ruedan por el mundo.

MUJER DOS.- Llevando a los mares la fama de Sevilla.

MUJER TRES.- ¿Y nosotras? No podemos comprar ni pan ni aceituna. Ahora quieren rebajarnos el salario: la empresa debe ganar más.

MUJER UNA.- La empresa no quiere ganar menos.

(Dos viejas entran. Los hombres han dejado el trabajo).

UNA VIEJA.- No las hagáis caso, chiquillos, a trabajar. ¡Qué os importa que las rebajen medio real! ¿Os acordáis cuando os daban siete pesetas por cargar barcos? ¡Qué ingratitud más grande! Vosotros que sabéis el color de las naciones por la carga que os anuncian, dejad a las aceituneras.

UN HOMBRE.- *(Atraviesa jadeante y quiere interrumpir).* ¡Camaradas!...

EL HOMBRE A QUIEN LLAMAN JUAN.- Tú, luego. *(Contando).* Dos reales y seis pesetas... *(Se rasca la cabeza).*

UN TRABAJADOR.- Menos ganábamos antes los hombres.

EL HOMBRE A QUIEN LLAMAN JUAN.- Dos reales y seis pesetas... El pan a 70 el kilo, la carne a 4...

MUJER DOS.- A 4,60.

LA VIEJA.- ¡Qué más da!

EL HOMBRE A QUIEN LLAMAN JUAN.- ¿Decís que os echan?

LAS MUJERES.- *(A coro).* Nos echan.

EL HOMBRE JADEANTE.- A nosotros también. ¡No carguéis la madera que os envían vuestros patronos! Detened los brazos, camaradas. Si vosotros ayudáis, ganamos nuestra huelga.

LAS MUJERES.- Y la nuestra.

LAS VIEJAS.- No oigáis. ¿Qué será de nuestros nietos y de los viejos de nuestras casas? ¿No veis que quieren destruiros lo ganado?

EL HOMBRE A QUIEN LLAMAN JUAN.- ¡A callar!

LA MUJER.- Tú cambiaste mi mantón roto por otro nuevo.

EL HOMBRE A QUIEN LLAMAN JUAN.- Era para limpiar con él las vasijas de aceite.

MUJER DOS.- Vosotros me ayudasteis cuando no me ayudaba nadie.

LOS TRABAJADORES DEL PUERTO.- *(Riendo y alejándolas).* Callaros. Chist. Se acabó.

UN TRABAJADOR.- Ya hablaremos en la reunión de esta tarde. Marchaos. En el Puerto de Sevilla sólo se permiten hombres.

(Se van. La viejas, al desaparecer, dicen insistentes: «Ya veréis, ya veréis.» Sirena larga. Oscuridad. Se enciende la luz del telegrafista).

EL TELEGRAFISTA.- *(Pulsando el telégrafo).* Los obreros del Puerto de Sevilla se niegan a cargar madera y barriles de aceituna.- Se cree que se dominará la huelga.- El Gobernador, hombre enérgico, ha prometido a la patronal acabar con las organizaciones obreras que no le convengan.- Es tenaz: se llama Mallol. *(Sobre el telegrafista, recortadas en cartones, cabezas grandes, grotescas, representando:)*

CARA Y VOZ DEL PATRONO.- ¡Imposible, imposible! Un pedido de 200 barricas para la Argentina, y sin poderlo servir. ¡Con lo mal que estoy! ¡Con lo que me duele el estómago! ¡Teniendo que ir a Vichy con Ivonette!

CARA Y VOZ DEL CAPITALISMO.- Explosivos, Potasas de Suria, Alicantes, Nortes, Minas del Rif, Chades...

CARA Y VOZ DEL MINISTRO.- Es necesario marcar mi paso por el ministerio con algo que ayude a la desdichada clase trabajadora. Voy a disolver la organización obrera del Puerto de Sevilla y hacer que todos ingresen donde yo pueda protegerlos y dominarlos. *(Llamando.)* ¡Adame, Adame!

(En el ángulo opuesto, iluminada sólo su figura, un hombre).

ADAME.- ¿Qué señor?

VOZ DEL MINISTRO.- Amigo mío, tú que tan hábil eres, ¿no podrías terminarme esa huelguilla planteada en el Puerto, que para nada nos sirve? Hay allí viejos amigos tuyos a quienes tendrás gusto en volver a ver. ¿Y si te dieras una vueltecita por allá?

ADAME.- *(La escena se ilumina más. Aparece una mesa y el hombre arregla los picos del tapete).* Estoy ocupadísimo arreglando esto. No acabarán de caer bien las puntas. He de limpiar aún tres o cuatro pares de botas.

Ministerio de Cultura 2011

LA VOZ DEL CAPITALISMO.- Mejor sería lo del Puertecito.

ADAME.- *(Echando mano al bolsillo de la pistola).* A mí nadie me manda. Si hago esto es porque se me antoja.

VOZ DEL PATRONO.- Pero allí podrás arreglar algunas rabias que dejaste. En cuanto a sueldo, dinos si no estás bastante reconocido a nosotros.

ADAME.- En el matadero no es muy sano estar.

VOZ DEL PATRONO.- Por eso te recomiendo aires marineros. Al Puerto, al Puerto. Empezaremos por allí y terminaremos cantando misa.

(Se ilumina más el ángulo y aparecen varios patronos sentados alrededor de la mesa. ADAME, de pie).

PATRONO UNO.- Manuel, ¿has oído? Me parece que llaman.

(MANUEL sale.)

OTRO PATRONO.- ¡Huelga!

OTRO PATRONO MAS.- Hay que machacarlos. Nuestras mujeres ya no pueden salir a la calle, y nuestros hijos...

PATRONO UNO.- ¡Manuel nos ayudará! ¡Es tan buen chico! Parece mentira que haya estado en Rusia.

OTRO PATRONO.- En aquel desgraciadísimo país de la ordinariez y el hambre.

EL GOBERNADOR.- Manuel.

ADAME.- *(Entrando).* Señor.

EL GOBERNADOR.- Tú nos ayudarás. Tendrás policía, guardias de asalto, lo que quieras para proteger a los obreros libres.

ADAME.- Los esquiro... *(mordiéndose la lengua)* ... los obreros libres hay que pagarlos caros. Sería mejor que enpezásemos con los de asalto para hacer las descargas.

PATRONO UNO.- Como tú quieras. Pero tenemos que proteger la producción nacional. ¿Qué sería de España sin los capitales que la imprimen vida? Yo ya sé que nuestros hijos o nuestros nietos van a encontrarse desembocados en el socialismo, pero por ahora hay que proteger, sea como sea, el libre uso de las riquezas del capitalismo individual.

ADAME.- Así es, la evolución...

OTRO PATRONO MAS.- *(Distraído).* El saxofón... Eso es, el saxofón entretendría mucho a los guardias de asalto mientras la descarga. *(Van saliendo).*

EL GOBERNADOR.- Confíen, confíen en nosotros. Somos la ley.

PATRONO UNO.- Voy a buscar a mi suegra a las clarisas. Ya sé que tú eres un incrédulo. ¡Pícaro! *(Da un golpecito en el vientre a ADAME).*

EL GOBERNADOR.- Pórtate como quien eres. *(Salen todos).*

ADAME.- *(Echando mano al bolsillo del pantalón, gesticulando rabioso, escupe tres veces en el suelo queriendo rebelarse).* ¡Reviento, reviento! *(Se tranquiliza y... Oscuridad. Vuelve a iluminarse la lucecita del telegrafista).*

EL TELEGRAFISTA.- *(Recibiendo una comunicación).* Hemos dominado la huelga.- Más de 500 obreros libres trabajan en el Puerto de Sevilla.- Hemos dominado la huelga.

(Del ángulo opuesto al telegrafista, con la escena toda iluminada, avanzan hacia las cajas del fondo grupos de esquiroles protegidos por fuerzas de asalto. Llevarán visibles las altas botas de cuero bajo el traje azul del proletario. Unos cuernecitos apuntarán en su frente. Música para animarlos. Obreros del puerto los mirarán venir).

UN OBRERO.- Hay para morirse. ¡Pues no son los de asalto!

OBRERO MAS JOVEN.- Qué buena paliza tienen.

OBRERO VIEJO.- Déjalos. ¿La única vez que van a trabajar en su vida y no quieres verlos?

OTRO OBRERO.- ¡Qué triste es ser guardia! Saliendo con miedo de casa todos los días, con la conciencia como los haces del trigo, apretada con un cordel. Debe saberles la boca a hieles cuando disparan, porque ellos tienen familia entre los obreros. Están engendrados por la misma sangre proletaria. No se dan cuenta que van asesinando, deshaciendo a balazos la vida de sus hijos y que sus hijos les maldecirán.

LAS VIEJAS.- *(Entrando).* Huíd. Mirad que hay nubes por todas partes. Tiroteo en la Macarena, en Triana. Tiroteo y muertos.

(Se oyen maldiciones en inglés).

UNA VOZ.- El barco no puede desatracar.

(Los esquiroles se sientan desalentados, después del trabajo inútil y fatigoso que han hecho durante la escena anterior).

UNA VOZ.- El barco no puede seguir su viaje porque las mercancías están mal colocadas en las bodegas.

(Entra un pobre y se sienta junto a un esquirol).

EL POBRE.- Se ten ven las botas. Buen granuja estás hecho. ¿Dónde las robaste tan nuevecitas?

(El esquirol se lanza sobre el pobre. Los obreros se precipitan sobre él. Oscuridad).

EL TELEGRAFISTA.- *(Monótono).* Hemos dominado la huelga.

(Se ilumina el lado derecho. Reunión del Comité de huelga).

UN OBRERO.- Camaradas: el planteamiento de la huelga obedeció al principio revolucionario de la solidaridad. ¿Junto a quién estáis, nos preguntan? A vuestro lado siempre, clase trabajadora, ayudándoos en esta marcha hacia adelante, interceptada por cárceles y muerte, que es la revolución proletaria.

UN OBRERO VIEJO.- Los jóvenes dicen que si deben seguir dando palizas a los esquiroles.

UN OBRERO JOVEN.- Las mujeres quieren ir a ver al Gobernador.

UN OBRERO JOVEN.- Te buscan para matarte.

OTRO OBRERO.- Diez días de huelga y tanto sol...

OTRO OBRERO.- Los sindicatos tienen que decidirse a la huelga general.

UN OBRERO.- La cárcel está llena. El Gobernador busca sólo dividir a los trabajadores aprovechándose de las diferentes tácticas que han prendido entre nosotros. Para destruir nuestra influencia ha decidido suprimir el sindicato del

Ministerio de Cultura 2011

Puerto. ¿Nos dejaremos vencer? ¿Nos entregaremos a los que guardan en servidumbre a los campesinos, a los que comercian con nuestra hambre, a los señoritos que humillan a nuestras hermanas, a los que nos pueden recoger y tirar, como objetos inservibles, a la calle? ¿Será posible que estemos tan muertos que no comprendamos lo que quieren de nuestra lucha de partidos? Camaradas: ¡A los sindicatos! ¡No hay que dejarles avanzar con la mano abierta hacia nuestras mejillas! ¡Cerrad los puños! ¡Huelga general, camaradas!

(Una piedra rompe el cristal donde se supone la ventana. Gesto de sorpresa. El silbido de la policía. Oscuridad. Se enciende la luz del telegrafista).

EL TELEGRAFISTA.- Hemos dominado la huelga.- Hemos dominado la huelga.- *(Cansado)* Hemos dominado la huelga...

(Angulo frente a él. Grupo de mujeres hablan. Sus delantales grises las uniforman).

MUJER UNA.- Tienen hambre.

MUJER DOS.- Los han trasladado al presidio del Puerto de Santa María. Allí les dan golpes hasta que sangran.

MUJER TRES.- Mis viejos no podrán volver a comer y mis hijos...

MUJER CUATRO.- ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MUJER CINCO.- Déjanos en paz con Dios. Nada nos ha dado, pues no necesitamos acordarnos de él.

MUJER UNA.- *(Volviéndose en todas direcciones).* ¿Hacia dónde está?

MUJER DOS.- *(Señalándose el estómago).* Aquí, y hoy no he comido.

MUJER TRES.- Mi hijo se pone morado por la noche y me da miedo.

MUJER CUATRO.- ¡Entre tiros! ¡Qué miseria!

MUJER CINCO.- Cállate. No habléis así a los hombres.

MUJER SEIS.- ¿No debemos hablarles? Ellos están en sus cosas, lejos, ni saben lo que ocurre entre las cuatro pareces de su casa. Siempre solas, pensando que nuestros hijos también se irán. «Cállate, tú qué entiendes de eso.» Y los hijos se marcharán al mar, a la mina o al puerto. Me da miedo que crezca, que mire los geráneos del patio. Se irá, aunque venga a comer por las noches.

MUJER SIETE.- Pero yo te digo que no tienes razón. Escúchame. Yo soy obrera. Hay que saber ser la mujer del obrero, la madre del obrero. Los hombres luchan, pero no para guardar lo que consigan, eso será para vosotras. Para todos, se acabará el hambre. Los niños descalzos. Tendremos escuelas, derecho a andar con la cabeza erguida por las calles. Nadie se apartará de los carboneros porque manchan, ni de los leñadores porque tienen hachas, ni de los campesinos porque estén sudorosos. La fatiga tendrá un premio. Una vida mejor está en el horizonte. ¿No iremos hacia ella los que tenemos hambre? Tenéis que ayudar a los hombres.

MUJERES EN CORO.- *(Sin acertar a dar expresión a su deseo).* Sí, tenemos que ayudarles.

UNA MUJER.- *(Levantando los brazos).* ¡Mi hijo tiene hambre!

(En aquel momento hacen su entrada por la butacas un montón de niños corriendo y gritando a dos voces: «¡Madre!» «¡Madre!». Las mujeres no atienden. En el fondo del escenario, sobre las cajas que figuraron el Puerto, se instalan el Gobernador y varios guardias civiles. Las mujeres avanzan hacia ellos. Los niños suben al escenario y forman dos grupos laterales de brazos tendidos, suplicantes. Como la fatalidad, las mujeres siguen avanzando, seguras, tensas de odio. Los guardias civiles y el Gobernador estarán inmóviles. Un toque agudo de atención y una descarga. Una madre cae. Silencio infinito).

EL TELEGRAFISTA.- *(Monótono)* Hemos dominado la huelga. *(Las mujeres se vuelven hacia el público y forman un grupo central con la muerta en el suelo. El Gobernador y los guardias civiles huyen. Poco a poco, un rumor se aproxima. Son los hombres que llegan. Entran en escena atropelladamente. Se suben en las cajas. Reaccionan con un gran grito: «¡Cobardes!» La voz de los niños: «¡Cobardes!»).*

UN OBRERO.- ¡Camaradas!: que mi voz llegue a los obreros, haga parar a todos los obreros de España,
del norte, sur, del este y el oeste.
Que mi voz corra a las aldeas,
a los pobres trigales y los grandes cortijos,
despertando a sus hombres, poniéndolos de pie,
tendiéndoles la mano a los obreros rojos del Puerto de Sevilla.
¡Camaradas!:
que los ferrocarriles no circulen, que se paren los barcos frías sus calderas,
que las ciudades teman detenidas y los burgueses tiemblen escondidos,
mudos en los sótanos o revienten de angustia
ante las puertas que aprisionan las cajas de los bancos.
Mirad la sangre de sus crímenes,
sangre obrera salpicando los rostros de los niños, provocando la ira de los trabajadores,
llamando a gritos a la lucha,
al frente único de todos los obreros de España,
del norte, sur, del este y del oeste.
¡Huelga!
La sangre pide huelga,
¡Huelga!
¡Camaradas:
por solidaridad con los obreros rojos del Puerto de Sevilla!

(Al terminar el orador, se empiezan a oír los compases de la Internacional. Los hombres se acercan y, levantando como en triunfo el cuerpo de la obrera muerta, van lentamente hacia el fondo).

UNA VOZ.- ¡Huelga general por solidaridad proletaria!

TODOS A UNA.- ¡Huelga!

EL TELEGRAFISTA.- Se ha declarado la huelga general en toda España en solidaridad con los heroicos trabajadores del Puerto de Sevilla... *(Se arranca los auriculares y los tira al suelo).* ¡Huelga! Yo también soy de los vuestros.

(La Internacional se alarga por las filas de los espectadores de un solo frente de esperanza y combate).

Ministerio de Cultura 2011